

CAPÍTULO VI

Tezozomoc, usurpador de Acolhuacan.—Impone mayores tributos.—Muerte del tirano Tezozomoc.—Maxtlaton se apodera del reino de Azcapozalco.—Muere Tayatzin asesinado por orden de su hermano.—Proclaman á Maxtlaton rey de Azcapozalco y de Colhuacan.—Ofensas que infiere á Chimalpopoca, rey de Méjico.—Prision de éste.

Reconocido el usurpador monarca Tezozomoc como soberano de los pueblos vencidos, y declarada la ciudad de Azcapozalco, donde residia, capital de todo el reino de Acolhuacan, los acolhuas y chichimecas empezaron á conocer bien pronto que las promesas halagadoras de libertad y abolicion de tributos con que habia sabido seducir á la multitud, no habian sido mas que palabras de encantador sonido con que habia ocultado su ambicion para llegar á la tiranía mas pronunciada.

Lejos de cumplir con el bello programa de reduccion de gabelas, aumentó los tributos que en víveres y en telas pagaban á su monarca, y exigió, además, que le entregasen periódicamente una cantidad de oro y de piedras preciosas que dificilmente podian presentar.

Nuevos tributos del usurpador Tezozomoc. El nuevo impuesto decretado por el inflexible Tezozomoc llenó de pena y de inquietud á los nobles toltecas y chichimecas; y conociendo que casi tocaba en lo imposible satisfacer lo que de sus pueblos se exigía, dispusieron enviar dos personajes, respetables por su saber y por su posición social, que manifestasen respetuosamente al nuevo soberano, la triste situación en que había quedado el país á consecuencia de los estragos de la guerra, para poder obsequiar el nuevo tributo impuesto.

Los acolhuas envían dos oradores al nuevo soberano para que les quite el nuevo impuesto. Los personajes que eligieron para el desempeño de la delicada misión fueron dos notables oradores, de cuya elocuencia arrebatadora se prometían alcanzar que el rey les librase de aquel gravámen. Pero se engañaron. El rey Tezozomoc escuchó primero el sentido y conmovedor discurso del orador tolteca y después el elocuente y severo del chichimeca, y aunque les hizo grandes manifestaciones de aprecio, confirmó la disposición de que se pagase el nuevo tributo.

Los dos desairados oradores salieron de Azcapozalco tristes por la respuesta del tirano, y llegaron á Texcoco, donde con impaciencia les esperaban los nobles toltecas y chichimecas que les habían dado la comisión referida.

El sentimiento que produjo la resolución del rey de Azcapozalco fué profunda, y los ánimos se exaltaron al comparar el carácter benévolo de sus pasados reyes con el despótico y cruel del usurpador.

Entre tanto que el ambicioso Tezozomoc se hacía odioso y aborrecible para los acolhuas con sus actos injustos y opresivos, el príncipe Nezahualcoyotl se conquistaba las

simpatías de todos los que fueron vasallos de su excelente padre.

Afable, atento y dotado de un talento claro y de una inteligencia privilegiada, Nezahualcoyotl recorría las ciudades y pueblos del reino de Acolhuacan con el objeto de captarse las simpatías de sus habitantes y de subir á un trono que de derecho le pertenecía. Grande era, con efecto, el interés con que todos le miraban y los deseos que tenían de verle rigiendo los destinos de la patria oprimida por un tirano; pero estaban supeditados por la fuerza; temían la ira del cruel Tezozomoc, y nadie se atrevía á pronunciar una palabra que revelase deseo de un cambio. El joven príncipe comprendía perfectamente el origen de la profunda reserva que los pueblos observaban; pero estaba interiormente satisfecho, porque en los rostros, en los ademanes, en la mirada de los que habían sido vasallos de su padre, creía ver la adhesión y el amor hacia su persona. Sin embargo, muchos desengaños sufrió de aquellos de quienes precisamente debía esperar más cariño y amistad. Mientras la mayor parte de los pueblos sentían no poderle favorecer y proclamarle su rey, varios de sus amigos y deudos, temiendo malquistarse con el usurpador Tezozomoc, le abandonaban indignamente. Entre esos deudos que posponían el lazo sagrado del parentesco al egoísmo de sus personas, se encontraban Cihimalpan, tío suyo, y Tecpanecatl, hermano de su segunda mujer Nezahualxochil, de la estirpe real de Méjico.

Nezahualcoyotl sintió profundamente la conducta de sus dos parientes; pero aunque se vió privado del favor de ellos, no por eso dejó de continuar su viaje por las pobla-

ciones para granjearse la voluntad de sus habitantes. Un hecho desagradable, originado de un celo imprudente por la observancia de las leyes dictadas por los reyes de su estirpe, vino á hacerle gran daño en aquellos momentos en que mas que nunca necesitaba de poder transitar sin temor por todas partes. Habiendo llegado una tarde á un Nezahualcoyotl pueblecito de la provincia de Chalco, vió á mata por su propia mano á una mujer por haber infringido una ley sobre el pulque. una mujer extrayendo de la planta de maguey, el vino llamado *pulque*, no solo para el uso de su familia, sino tambien para venderlo en la poblacion. Aquella mujer se llamaba Tziltomiauh, era viuda y pertenecia á ella el pueblecito. El príncipe Nezahualcoyotl no vió en ella ni á la mujer ni á la dueña del pueblo, sino á una transgresora de una de las leyes de los chichimecas, que prohibian severamente la extracción y venta de aquel licor, y ciego de ira se lanzó sobre ella y la dió muerte por su propia mano.

Este hecho reprehensible, hijo de un celo indiscreto, causó gran sensación en la provincia; y el señor de Chalco que era enemigo de Nezahualcoyotl y habia sido cómplice en el asesinato del padre de éste, envió inmediatamente gente para prenderle. Nezahualcoyotl conoció el peligro que corria y se puso en salvo antes de que sus perseguidores llegaran.

Entre tanto el tiempo transcurria y los pueblos seguian gimiendo agobiados por los enormes tributos que sobre ellos pesaban.

Sueños de Tezozomoc. Reune á sus hijos y les pide la muerte de Nezahualcoyotl. Tezozomoc, que llevaba ocho años de poseer sin contradiccion el reino de Acolhuacan, sacando de él grandes riquezas llegó de repente á verse dominado de una inquietud y de un

sobresalto que acibaraban sus placeres. Supersticioso, como lo eran entonces todos los hombres de su país, creia los sueños como presagios de acontecimientos futuros, y habiendo tenido dos sueños alarmantes, se vió dominado por el terror que le inspiraron. En uno de esos sueños vió á Nezahualcoyotl que, convertido en águila, le destrozaba el pecho y le devoraba el corazon: en el otro vió al mismo príncipe, en forma de leon, lamerle el cuerpo y chuparle la sangre. Tezozomoc, sobresaltado, llamó á sus tres hijos Tayatzin, Teuctzintli y Maxtlaton; les refirió lo que habia soñado, y les encargó que, en secreto y sin que nadie pudiese sospechar que él lo habia mandado, diesen muerte á Nezahualcoyotl, lo mas pronto posible.

Aunque unánimes ofrecieron á su padre poner en juego todos los resortes mas convenientes para que su orden quedase cumplida, no era muy fácil llevarla á cabo con el disimulo que se requeria, y en tanto que buscaban el medio de realizar el crimen, los años y los achaques iban conduciendo al sepulcro al tirano usurpador. Se hallaba entonces Tezozomoc en la edad de la decrepitud; su cuerpo carecia ya de calor y sus miembros de fuerzas. Un frio glacial circulaba por sus venas, y á fin de proporcionarle algun calor, le sacaban, cubierto de algodón, de pieles y de blandas telas, á que tomase el sol, sentado en una gran canasta que tenia la forma de una cuna. Sin embargo, aunque veia próximo el fin de su vida, no llegó á separarse de la arbitrariedad y de la tiranía, que las ejerció con inaudito rigor.

Los pueblos sufrieron el peso del cetro de hierro del tirano hasta el instante en que la muerte vino á arrancarle del mundo.

Muere Tezozomoc y recomienda á su hijo la muerte de Nezahualcoyotl. Cuando abrumado por nuevos achaques, propios de su avanzada edad, conoció que iba á morir, llamó á su hijo Tayatzin, á quien habia nombrado ya heredero de la corona. Al presentarse el príncipe, el decrepito rey, dominado siempre por sus instintos de odio y de crueldad, le manifestó que moria con la pena de no haber logrado que se virtiese la sangre de Nezahualcoyotl. «Sin embargo—añadió—esta pena será menor si me prometes que será asesinado cuando ocupes mi trono. Mi deseo es que muera: yo te ordeno como rey y como padre su muerte.»

Poco despues de haber recomendado ese crimen, expiró acariciando la idea de que Nezahualcoyotl seria asesinado.

Así aquel hombre, que por espacio de setenta y nueve años habia ocupado el trono de Azcapozalco, tiranizando nueve el reino de Acolhuacan, bajó al sepulcro dictando disposiciones sangrientas.

Desde que el rey Tezozomoc se puso gravemente malo, el ambicioso Maxtlaton, por cuya orden vimos asesinar al niño príncipe mejicano Acoluahualcatl, sobrino suyo, pensó sentarse en el trono de su padre, aunque pertenecia la corona á su hermano Tayatzin. Maxtlaton superaba en crueldad y perversos instintos á su padre Tezozomoc, y aun éste le habia temido siempre. Tayatzin, por el contrario, era tímido, y, sobre todo, no se atrevia á oponerse á nada de lo que resolvía su hermano, cuyo carácter vengativo conocia.

En cuanto murió Tezozomoc, el osado Maxtlaton, ó Maxtla, prevaleiéndose del genio apocado de su hermano, se

arrogó las facultades que á éste le pertenecian, y pasó aviso á los reyes de Méjico y de Tlatelolco, así como á varios señores y grandes, para que asistiesen á las exequias del finado monarca.

Los reyes invitados pasaron inmediatamente á Azcapozalco, donde estaba la corte, y fueron recibidos por Maxtlaton, que disponia y ordenaba como si estuviese en posesion del trono que ardientemente codiciaba.

El cadáver del difunto soberano se hallaba colocado en una sala del palacio, expuesto á la vista de los nobles y de la grandeza.

Los reyes de Méjico y de Tlatelolco, los régulos y los señores, fueron conducidos á la sala mortuoria, donde se sentaron por orden de categorías.

No habia sido convidado para las exequias el príncipe Nezahualcoyotl; pero el jóven se propuso asistir para observar lo que pasaba y sondear los ánimos, y se presentó en la sala, acompañado de algunas personas notables y de un íntimo confidente en quien tenia puesta toda su confianza.

En la sala en que estaba expuesto el cadáver se encontraban los tres hijos del finado Tezozomoc, los reyes de Méjico y de Tlatelolco, todos los señores feudatarios y lo mas notable de la nobleza.

Nezahualcoyotl fué saludando uno por uno á todos los concurrentes, y presentándoles ramos de flores, como era costumbre entre ellos. El primero á quien saludó fué á su cuñado Chimalpopoca, rey de Méjico, luego á Tlaca-teotl, rey de Tlatelolco, y así sucesivamente á los demás señores, según el orden en que estaban sentados.

Terminada la ceremonia del obsequio de los ramilletes, Nezahualcoyotl tomó asiento al lado de Chimalpopoca. El jóven príncipe consagraba un afecto sincero á su pariente monarca, y aunque sentia que hubiese auxiliado al tirano para derrocar á su desventurado padre, privándole á él de la corona, no le guardaba por ello rencor ninguno.

La presencia de Nezahualcoyotl inspiró un pensamiento criminal en Teutzintli, uno de los hijos del finado. Creyó oportuna aquella ocasión para cumplir con la órden que les dió su padre para asesinar á Nezahualcoyotl, y le propuso, en voz baja, á su hermano Maxtlaton, el ponerla por obra. Maxtlaton, aunque no menos perverso que su hermano, era mas sagaz, y le hizo ver que no convenia hacerlo en los momentos en que debian manifestar sentimiento por la muerte de su padre; que derramar la sangre de cualquiera, cuando solo debian derramar llanto por la pérdida que habian sufrido, seria enajenarse el aprecio de todos los grandes que habian asistido á las exequias y exponerse á adquirir el nombre de inhumanos, cuando, para captarse el aprecio de todos, debian procurar adquirir el de magnánimos. «Tiempo oportuno vendrá—agregó—en que tu deseo, que es tambien el mio, como fué el de nuestro padre, se realice: Nezahualcoyotl vive confiado; pero aun cuando se ocultase en lo mas profundo de la tierra, será infaliblemente asesinado.»

Las observaciones de Maxtlaton y la seguridad con que pronunció que Nezahualcoyotl pereceria, satisficieron á Teutzintli, y Nezahualcoyotl quedó, por entonces, libre del golpe asesino.

Terminadas las exequias con la mayor pompa y solem-

nidad, el rey de Méjico, el de Tlatelolco y los régulos y señores, volvieron para sus respectivas ciudades.

Proyecto contra Maxtlaton, resuelto á apoderarse del trono
Maxtlaton. perteneciente á su hermano, empezó á dirigir los asuntos del Estado, á dictar órdenes y á poner en planta todo lo que su voluntad anhelaba, sin tomar parecer ni consultar para nada con Tayatzin. Este no miraba con gusto el que Maxtlaton se arrogase un mando que á él solo le correspondia; pero no se atrevia á reclamar de su hermano lo que le pertenecia, temiendo su enojo y su venganza. No queriendo sin embargo dejarse arrebatarse un trono que le pertenecia, resolvió hacer una visita al rey de Méjico para consultar con él lo que debia hacer. Chimalpopoca recibió á Tayatzin con sumo respeto y agrado, y escuchó de éste las justas quejas que tenia contra su hermano. Chimalpopoca le aconsejó que hiciese un llamamiento á sus súbditos, como rey legítimo que era, para lanzar del trono al usurpador; pero al oír de Tayatzin que los súbditos no acudirian á su llamamiento por temor de atraerse el enojo de Maxtlaton que ya estaba en posesion del mando, Chimalpopoca concluyó por darle un consejo que Tayatzin escuchó con la mayor atencion. Le aconsejó Chimalpopoca que no habitase el palacio de su padre, pretextando que se renovaba con su vista el dolor que sentia por la pérdida de su padre; que manifestase deseos de hacer un palacio para su residencia; que cuando estuviese terminado, diese, para estrenarlo, un gran banquete, y convidase á su hermano; que cuando mas entregados á los goces de la mesa estuviesen, penetrasen en la sala algunos hombres, de antemano preparados, se arrojasen sobre